



Elena Poniatowska Amanecer en el corazón de México

Ana María Jaramillo

Para los nostálgicos que hace un año participaron activa o pasivamente en el plantón del Zócalo y Reforma, el libro de Elena Poniatowska: *Amanecer en el Zócalo. Los cincuenta días que confrontaron a México* es un buen ejercicio de memoria y añoranza. Para los que maldijeron el plantón, el libro no será más que la recreación de aquella tontería sin sentido ni espíritu crítico, error de un caudillo tropical que seguido por unos borregos ilustrados y otros alfabetos les dio por jugar a los *boy scouts* por las calles de la ciudad. En síntesis, poco han hecho los bandos por entenderse, no hemos avanzado en comprendernos, en acerar nuestros puntos de vista. Aún no vislumbramos nuestros porqué.

El libro de Elena Poniatowska es puro sentimiento, emoción y recopilación sin un aparente sentido crítico. Tal vez el tiempo, que todo pone en su lugar, le dará la dimensión y la densidad a este trabajo que hoy se antoja poco riguroso. La experiencia del plantón está por digerirse y la amazón del libro también. Documento en caliente y en bruto, que arranca lágrimas a los seguidores de AMLO y bilis a sus detractores, pero que probablemente tiene también una mirada hacia el futuro. El texto tiene tres vertientes: la testimonial, la reportero y la de recopilación de crónicas periodísticas, de discursos y documentos de las convenciones. Un apartado de fotos al inicio del libro, que funciona de abre bocas para explicarnos el tono emocionado, a veces duro, a veces casual y simpático y el dejo de desdén que se cuele al final. Tres niveles de apreciación, de acercamiento a una realidad compleja y paradójica. Porque el plantón, aun hoy, marcó una gran disyuntiva: malo hacer, malo no hacer. Ese debate no está en el libro, aún no se ha dado en el país, ni al interior de la

izquierda ni en la derecha, y por lo mismo este libro no lo refleja (y la idea de que se trata de un espejo tiene su miga). Pero sí refleja el ambiente del plantón, con testimonios anónimos y con las vivencias de la propia Elena. La selección de textos y crónicas refleja una opción como persona y como escritora y el tiempo también validará o desvirtuará su selección.

La obra consta de cuatro partes: La decisión, Llamado a mi puerta, Somos millones y Un nuevo derecho: la felicidad. En la primera parte se describe cómo se llegó a la decisión de quedarse en el plantón y la sorpresa de la gente frente a esta medida. Rápidamente los manifestantes asimilan la noticia con desconcierto y alegría, los de territorios lejanos hacen cálculos monetarios, geográficos, familiares y como sabiendo que van a participar en un hecho histórico, con la conciencia de que formarán parte de algo grande, pero también con esa especie de resignación que acompaña a los pueblos latinoamericanos cuando se saben frente a un destino irrevocable, ni bueno ni malo, simplemente irrenunciable, deciden quedarse. Desconcertados, perdidos, tragados por la gran urbe buscan a los líderes, a los organizadores y empiezan a buscar un rincón donde refugiarse. Quienes quieran revivir esos momentos o tratar de entenderlos o conocerlos por primera vez, este libro es un buen acercamiento.

La segunda parte del libro narra el acercamiento de AMLO a Elena. Sencilla, sin adornos, sin demasiadas explicaciones, sin dudas ni debates: ¿Sí quieres? Sí quiero. Así de simple. Sin remilgos ni ideología, sin condiciones. ¿Fue así en verdad? El tercer capítulo hace un recuento de las concentraciones, de las miles de personas que conformaron el movimiento. El libro está salpicado de

testimonios de personajes anónimos que van dando sus puntos de vista a medida que el tiempo corre. Puntos de vista sencillos, llenos de coraje, de entusiasmo, de rencor, de ternura. También queda constancia de los insultos y de los argumentos de los personajes contrarios al movimiento, así como de los amigos y familiares que le reprochaban su participación, su alejamiento de la escritura, su falta de distancia con un personaje relacionado con el poder político, su poco sentido crítico y su “enamoramiento” del líder.

Personaje principal de este libro es Jesusa Rodríguez—a quien está dedicado el libro—, icono de la resistencia y del movimiento cultural, defensora de los más avanzados derechos civiles, esos mismos que AMLO se negó en público a defender. Contradicciones que le reprocharon en campaña, acusándolo de no ser un verdadero hombre de izquierda y que el plantón resolvió en la práctica. Una reflexión que seguramente AMLO debe haber hecho en esas cincuenta y dos noches en las que compartieron la vecindad de la carpa, el frío y los aguaceros en el Zócalo. Una parte importante para los que participaron en los campamentos es conocer el ir y venir cotidiano del área donde acampaban Jesusa y AMLO, aunque no se revela ningún secreto político, sí se entienden las rutinas y el comportamiento del campamento.

El capítulo final se refiere al derecho de irse con las manos llenas con la promesa de que se puede y debe luchar por la felicidad. Porque todo gobernante debe tener como premisa principal la felicidad de sus gobernados. A estas alturas ya nadie se reía del enunciado que tantas burlas le trajo a AMLO al inicio de su campaña y que pocos comprendieron en ese momento. En ese as-

pecto la idea —el derecho a la felicidad— se había logrado colocar en el imaginario colectivo. Elena hace un recuento de sus viajes como escritora en esos días del campamento, que la convierten en embajadora de buena voluntad a favor del movimiento, y por último:

¿Cómo se deshace una casa de cincuenta días? Llantos, besos, abrazos, camiones de mudanza, pequeños coches destartados, diablitos. Los nacos por fin desalojan la ciudad para dar paso al desfile marcial y a los coches, verdaderos dueños del suelo urbano. Todo vuelve a una aparente normalidad. Los plantonistas están exhaustos, los antiplantonistas también, han gritado demasiado. La escritora ha captado el griterío, una torre de babel de altos decibeles: el desencuentro. Ya saldrán otros libros con testimonios más finos, con crónicas más precisas de cómo se vivía en cada campamento; quiénes los sostenían moral y logísticamente, cómo lograban sobrevivir a los embates del tiempo y de la condición humana. Por ejemplo, el papel que jugaron los viejos militantes de izquierda, que con su disciplina organizativa —tanto personal como de grupo—, logrando transmitir una moral hasta el final, a pesar de saber, desde el primer día, que el gesto era eso: un gesto de rebeldía, que luchaban contra fuerzas muy poderosas y que un plantón como el del Zócalo tal vez no era la solución al conflicto poselectoral y a los males nacionales, pero era la oportunidad para formar parte de la historia, era decir:

Lo intentamos, somos muchos, no nos gustó lo que nos hicieron. Mírennos bien, tenemos rostro, nombre y credencial de elector. Ahora nos vamos a conocer entre nosotros y nos vamos a organizar de otra manera.

¿Cuál? El plantón tampoco lo resolvió y el libro que nos ocupa menos. El que lo lea buscando estas respuestas se equivoca.

Este libro es un corte en el tiempo. Como lo dice su título, son cincuenta días que confrontaron México (la alusión a John Reed no es gratuita), un pequeño atisbo a esa realidad dinámica y compleja que fueron los campamentos, el megaplantón. El *camping* urbano más grande del mundo, tal vez exceptuando a los del pueblo palestino que se convirtieron en ciudades permanentes. En los

campamentos podía haber ingenuos, ignorantes, ilusos, desempleados, luchadores sociales, intelectuales, amas de casa, pero no pendejos y casi todos sabían muy en el fondo que lo que se defendía era el derecho del pataleo y algo más. Ese “algo más” es lo que todavía ese pueblo agraviado aún no acaba de identificar, y el libro tampoco, pero crea la sensación de que allí está, de que hay que seguir buscándolo. Por eso le dan ganas de llorar a los nostálgicos y bilis a los anti AMLO.

Enfrentar un poder tan grande con un movimiento civil pacífico y reivindicar una y otra vez: “Aquí no ha habido ni un vidrio roto” parece cosa menor, pero no lo fue. Salir de ese movimiento sin presos políticos que negociar, trasteando los tiliches con toda educación, también es de reflexionarse, todo eso sí está en el libro de Elena Poniatowska. La prosa es amena, informal, divertida, repetitiva, casi como un sonsonete que, como la vida diaria, nos cuenta la rutina de vivir en el Zócalo como si hiciéramos una comitiva con nuestros amigos, unas vacaciones de verano en el patio de la casa. Dejémoselo al tiempo.

Miles de hombres y mujeres se comprometieron con decisión y alegría a defender un punto (voto por voto, casilla por casilla) y esto es precisamente lo que se nos quiere mostrar. Una instantánea para perpetuar el momento, dando entrada a diferentes ángulos, todos filtrados por la luz de la escritora. No pretende ser objetiva, sólo quiere ser ella. A los que no les gusten AMLO, el plantón o Elena Poniatowska pueden abstenerse de leer este libro que recrea la fiesta, la lucha contra los elementos naturales, contra las mentiras, la incompreensión y muestra la rebeldía de unos electores que después de viejos decidieron mostrar su pasión. Porque allí casi todos eran mayores de cuarenta años, cuando los hombres y las mujeres ya se creen curados de las ideas revolucionarias, cuando han abandonado la idea de ir a acampar hasta en el paraíso celestial.

La escritora capta perfectamente el espíritu fraterno, de fiesta, de acordada esperanza que reinó en los campamentos. Regresaron a sus hogares tristes, aparentemente derrotados políticamente, enfermos, igual de pobres, llenos de experiencias, con amigos nuevos y mucho qué contar, qué escri-

bir. Ricos en anécdotas. Plenos de amor, satisfechos de haber participado, sabedores de que hay una parte de la población que los odia, que los desprecia, que los discrimina, que los llama nacos. Si un año después la otra mitad sigue gritándoles a los plantonistas: ilusos, nacos, borregos que se inventaron un fraude, seguidores ciegos de un caudillo, y acusan a este libro de ser un pobre ejercicio dentro de esa mirada estrecha, lo que nos está diciendo este discurso es que el letro que le colgaron a AMLO: Un peligro para México, aún pende de su pecho. La patria dividida nos informa que el ex candidato, proclamado presidente legítimo, está en peligro. La escritora tampoco puede dormir tranquila, aun recibe llamadas obscenas para recordarle que no debe apoyar ni publicar libros sobre estos personajes.

Elena termina reconociendo que AMLO tiene amigos y personas que le son útiles y que ella y Jesusa le fueron útiles. Único intento de la escritora por mostrar su distancia del político y desligarse afectivamente. Gesto innecesario porque el libro contradice, al menos de su parte, el mero papel “útil” que jugó. Si es que AMLO no supo valorar, en el terreno de los afectos, el apoyo de Elena y Jesusa, es su error. Después de pelear tantas guerras, un viejo combatiente sabe que lo único que queda son los afectos, lo demás se lo lleva el viento, lo destruye el tiempo. Épocas oscuras transita México, el túnel parece largo y los intelectuales sueñan sus propias pesadillas en campamentos acechados por enemigos invisibles. Abrazos fraternos resultan tan “útiles” como los faros en tiempos de incertidumbre. [1]



Elena Poniatowska, *Amanecer en el Zócalo. Los cincuenta días que confrontaron a México*, Editorial Planeta, México, 2007, 395 pp.